

SIGLO XIX

1805, 16 de Junio

TERREMOTO EN COLOMBIA

R.P. Jesús Emilio Ramírez S.J.

"Historia de los Terremotos en Colombia", p. 99-101.

Publ. del Inst. Geogr. Agustín Codazzi. Bogotá 1975.

A las 3 de la madrugada del 16 de Junio de 1805 un fuerte movimiento sísmico destruyó la villa de San Bartolomé de Honda, dejando muchas víctimas bajo las ruinas de las iglesias y casonas de la ciudad. Se estimó unos 111 muertos y 113 heridos. El sismo fue notable en Popayán y poco sensible en Santa Fe de Bogotá.

1828, 30 de Marzo

TERREMOTO EN LIMA

Perrey A.

Documents sur les tremblements de Terre au Pérou, dans le Colombie et dans le bassin de l'Amazone. pp. 87-88. Présentés a la séance du 7 novembre 1857. Bull. de l'Academic Royal de Belgique, Bruxelles, tomo VIII.

El 30 de marzo a las 7:32 de la mañana hubo un violento temblor en Lima, que en espacio de algunos segundos resquebrajó los muros de la mayoría de los edificios, desplomó muchos techos y agrietó las murallas de 6 a 7 pies de espesor. Perecieron varias personas. En el Callao, el movimiento pareció haber llegado un poco más tarde porque allí se apreció la polvareda que se elevaba encima de Lima, antes de que se experimentara la sacudida.

En el mar, el agua silbaba alrededor del vapor inglés "Volage" como si se hubiera sumergido un fierro al rojo y la superficie se cubría de gran cantidad de burbujas que reventando dejaban escapar olores de hidrógeno sulfurado. Aparecieron numerosos peces

mueritos flotando alrededor del barco: el mar que antes estaba calmo y límpido pareció turbado y agitado; el barco se balanceaba como 14 pulgadas sobre cada lado. Durante este tiempo pasó una nube suave encima del navío y se oía el ruido, que en este país, acompañaba al terremoto y que se asemejaba a un trueno lejano: las personas que estaban a bordo experimentaron violentamente el choque. Al levantarse el ancla de popa se encontró que su cadena que reposaba sobre un fondo de limo blando había sufrido una cierta fusión en toda casi la extensión de 25 brazas (50 metros) del buque. La cadena de la segunda ancla no había sufrido y nada semejante había ocurrido en los numerosos barcos que se encontraban en la bahía.

El mismo día, se sintió un fuerte temblor en Trujillo, que no causó daños. También ese día (la hora no fue indicada) en Huancayo, situada sobre la ruta a la sierra, hubo un fuerte temblor que no causó daños, en San Mateo quedaron arruinadas unas dieciocho casas; hubo desprendimientos de rocas en los cerros vecinos que dejaron inutilizados los caminos de acceso al interior del país. Se asegura que en el pueblo de Surras situado a unas 6 leguas de San Mateo, hubo eyecciones de agua y arena en el suelo.

Parece que este movimiento se extendió a casi todo el Perú, en la costa norte de Lima quedaron varias poblaciones dañadas. No sé si fue sentido en Arequipa, pero se advirtió que en Arica, costa sur, no se le verificó.

1861, 20 de Marzo

TERREMOTO EN MENDOZA, ARGENTINA

"El Comercio" de Lima, Ediciones del 8 de Abril y siguientes.

"Mendoza no es en este momento sino un montón de escombros. Todas las casas y edificios públicos están por tierra, a consecuencia de un recio temblor ocurrido en la noche del veinte del presente a las ocho y media más o menos".

"Todas las noticias que de los desastres de esa ciudad tenemos hasta este momento nos han sido comunicadas por Benigno Bruna el conductor de la valija del correo argentino. Este llegó a Mendoza en la mañana del 20, y se alojó en una casa de la calle Aduana, distante seis cuadras de la plaza principal, al norte de la población. A las ocho y treinta de la noche un remezón corto, pero violentísimo, dió en tierra con todos los edificios, sepultando bajo los escombros a un número muy considerable de gente, a quienes lo rápido del temblor no dió tiempo para ponerse en salvo, o lo estrecho de los patios de las casas y lo angosto de las calles de la ciudad, cuyos edificios eran muy altos, no les procuró lugar alguno de refugio. Las tres señoras de la casa donde estaba alojado el correo Bruna quedaron sepultadas bajo los

escombros. Las señoras eran de la familia del Sr. Cuervo, administrador de Aduana. Todos los presos de cárcel han sido sepultados".

"El aspecto que después del primer temblor presentaba la ciudad era espantoso, aterrador. A cada momento se sentían ruidos extraños y nuevos temblores. Una multitud de caballos ensillados recorrían asustados la población, en la que tras la ruina se había declarado el fuego, que ha consumido todo el barrio comercial de la ciudad. La tierra abierta por varias partes dejaba escapar de sus hendiduras corrientes de agua. Esto se ha advertido en la Alameda, a donde se retiró la gente que lograra salvarse de ser sepultada bajo los escombros de sus habitaciones. Al día siguiente gran número de personas se han puesto en marcha para el interior; así es que la ciudad está ya casi completamente abandonada. Esto hace aún más triste el aspecto que todo presenta."

"A última hora nada se sabía del gobernador que se temía se encontraba entre las víctimas".

"El día 21, a las once del día aún seguía temblando la tierra. El camino de la cordillera del lado de Mendoza se ha deteriorado bastante a causa de las piedras que el temblor ha hecho rodar de las cimas. Se conjetura que el terremoto haya hecho estragos en San Luis a 80 kms. de Mendoza.

Carta del 22 de Marzo

Sr. Bernardo del Solar

Este pueblo ha desaparecido a impulsos de un terremoto que tuvo lugar anteanoche a las 8¹/₂. Más de dos terceras de la población han quedado sepultadas bajo los escombros. Yo he perdido solo dos hijitos y una ama y soy por cierto de los pocos felices. Mi señora quedó sepultada.

Otra carta

El gran movimiento vino del Sur al Naciente y fue repelido en el acto por otro de Norte al Poniente. Estos acontecimientos duran ahora apenas de cinco a seis segundos y sin embargo no quedó en pie un sólo edificio público ni privado. Llegan gente de San Juan. Dicen que en ese pueblo ha desaparecido y que para mayor fatalidad el río saliendo de madre ha inundado completamente la ciudad. En el sur de Mendoza no han sido tan grandes los estragos. En San Vicente y Luján se han salvado algunas casas. Al Naciente se nota lo mismo. San Martín está en pie en su mayor parte.

1868, 13 de Agosto

TERREMOTO EN EL SUR DEL PERU Y NORTE DE CHILE

En p. 185 de la obra de Stevenson, E.J. "Journey and Exploration in Brasil, Argentine, Chile and Bolivia during the years 1866-1869. Publicado por Timins, Douglas ed. Londres, Constable & Co. 1929. 300 p.

13 de Agosto. Salí como a las 4 p.m. para hacer mi acostumbrada caminata que solía hacer antes de la comida siguiendo el curso del riachuelo arriba de la ciudad, encontrándome pronto fuera del amplio plano cascajoso situado entre Tacna y los cerros; había caminado como unas dos millas cuando observé algunos amontonamientos de cantos rodados apiñados sobre la planicie y me decidí examinarlos antes de regresar a la ciudad. A medida que me acercaba a ella sentí que me daba un vértigo y me desmayaba. En apariencia el suelo parecía moverse bajo mis pies, semejante a una alfombra mal colocada bajo la cual se cuele el viento. En un instante más, me tambaleaba de manera casi extraña y pensando que estaba próximo a desmayarme me arrodillé para evitar lastimarme al caer. En ese momento observé que las piedras siendo sacudidas fueron desprendiéndose de la pared de cantos rodados que había comenzado a examinar, oyendo luego un ruido sordo y retumbante que parecía provenir de la superficie entera de la planicie, reconocí desde luego que se trataba de un terremoto. Al ponerme en pie y mirando alrededor, me convencí de que había tenido lugar un verdadero movimiento de tierra y no un simple temblor como ya había sentido en Valparaíso, Mamulcillo y en otras partes.

Al levantarme del suelo observé en mi reloj que eran exactamente dos minutos para las cinco. Primeramente el suelo que había tenido un movimiento de arriba hacia abajo, ahora comenzaba a sacudirse violentamente de un lado a otro y como era muy difícil permanecer de pie, preferí hincarme, ya que en esa posición podía observar mejor, cuando mi atención no estuviera ocupada en intentar de conservar el equilibrio. Claramente vi como la amplia llanura subía y bajaba en pulsaciones rápidas, en vista de que estaba mirando hacia un horizonte distante de colinas bajas más allá de la población, con el cual podía comparar el movimiento del suelo y pensé que podía reconocer distintas ondulaciones que venían desde la cordillera hacia el océano Pacífico al oeste. Los estruendos subterráneos, aunque no fuertes, sonaban ahora con aterradora energía y también parecían seguir la misma dirección. Los movimientos del terreno fueron tan complicados y variados en dirección que semejaban venir desde todos los puntos de la brújula. Una palmera grande que crecía en el arroyo no lejos de mí fue tan sacudida, que el ruido de sus hojas secas, me hizo que mirara a mi alrededor observando algo extraño y no natural en el aspecto de la Cordillera que hasta aquí no había notado, porque a frecuentes intervalos en el frente inmensamente largo de la cordillera occidental y visible desde la planicie aparecían nubes amarillas que inferí eran humo y polvo que estuvieron brotando de las montañas y cubriendo sus lados, una bella pero muy espantosa vista, de lo cual era evidente que la gran cadena costanera de los Andes estaba desgarrada y sacudida por la terrible convulsión.

Pero ahora a la ya espantosa palpitación del terreno había comenzado una nueva clase de movimiento, más alarmante de cualquiera que hubiera sentido, especialmente una serie de impetuosos sacudimientos hacia arriba, como si la corteza terrestre estuviera recibiendo una sucesión de tremendos golpes desde abajo, causando que las piedras sueltas y cantos rodados vibrasen audiblemente y mutuamente haciendo caer a las masas de gravas de los bancos de los ríos.

Una joven india que había estado lavando ropa cerca de la vieja palmera gritaba y corría sin destino fijo, sujetando con sus dos manos su frondoso pelo negro hasta ser derribada violentamente al suelo, luego ví que algunas casas situadas sobre el llano costero y a una distancia de un cuarto de milla, se desmenuzaban levantando nubes de polvo de sus ruinas.

Una nube de polvo casi similar, pero más grande, que parecía hervir se levantó de la ciudad oyéndose a la distancia gritos y lamentaciones de miles de personas aterrorizadas, los quejidos y aullidos de los perros como otros gritos de angustia estaban entremezclados con los terribles ruidos sordos y continuos del terremoto que parecían aumentar en violencia a cada momento.

Hasta ahora no había experimentado emociones más allá de un inmenso y profundo interés de lo que me estaba pasando y una cierta calma y regocijo en mi interior de que había sido afortunado de ser testigo de un extraordinario fenómeno. Pero la evidente destrucción que había tenido la ciudad y sobre todo el horrible aspecto de las montañas que aparentemente fumaban, me convencieron de que se trataba de un gran terremoto y pense que posiblemente habíamos experimentado una tremenda catástrofe - alguna convulsión de la naturaleza a escala prodigiosa. No tenía temor por mi seguridad personal, porque me sentí confidente de que nada podía lastimarme fuera de la planicie a menos que el suelo se abriese justo adonde yo estaba que por supuesto era muy improbable, pero como la perturbación se había vuelto muy alarmante aumentando en violencia de momento a momento, después de tan tremendo transtorno me sentí seguro de que se había completado la ruina de la ciudad, que fue acompañado de un fuertísimo ruido sordo y espantoso de que yo pudiera haber oído, el que gradualmente se apaciguó convirtiéndose en un leve tremor y cesando finalmente del todo - por lo menos por un tiempo - por lo que estuve agradecido de que todo había pasado.

Cuando miré mi reloj, que en todo momento había tenido en la mano; quedé sorprendido de que eran las cinco y cuatro minutos, de manera que los temblores habían durado por lo menos sólo 4 1/2 minutos desde que reconocí que era un terremoto. Sin embargo, debió haber tenido una duración mucho mayor porque personas que lo habían observado el movimiento en la ciudad y quienes siendo asediados por el traqueteo de puertas y ventanas habían advertido movimientos tan pequeños como para ser imperceptibles para mi en la llanura, estimaron que la duración fue de 7 a 10 minutos. Un caballero (el profesor alemán Von Boeck) que tomó el tiempo como yo lo había hecho, me aseguró que había durado por lo menos 7 1/2 minutos, pero que viendo un niño en peligro y que habiendo ido para ayudarlo, perdió la cuenta.

Me apresuré para regresar a Tacna lleno de ansiedad para conocer la suerte que había corrido esa ciudad. Por otra parte, mi maleta y todas mis pertenencias estaban en el hotel,

probablemente enterrados debajo de las ruinas.

Como me apresuraba, sentí a intervalos de escasos minutos repetidos temblores más o menos severos, encontrando a gente atemorizada galopando a lomo de caballos y de los cuales no tuve esperanza de obtener ninguna información.

Pronto me acercaba a Tacna para darme cuenta de que la mayor parte de la ciudad permanecía aún en pie, las nubes de polvo continuaban levantándose encima de las casas ocultando la extensión completa de los daños producidos. En la calle principal donde se hallaba mi hotel encontré un tropel de gente asustada que estaba en pie o por lo regular arrodilladas cerca de la acequia situada en medio de la calle y alejados en lo posible de las casas que podían caer en cualquier momento, las mujeres y niños lloraban lastimosamente, los hombres se abrazaban y se sacaba abrigados en ponchos a los enfermos, dejando al lado los crucifijos, vistieron ostentosa-mente las efigies de los santos que ya habían sido puestos en o sobre la acequia central, la gente apiñada los rodeaba como para protegerlos.

Aquí y allá las ruinas de las casas bloqueaban el camino, sus últimos habitantes se lamentaban con gritos frenéticos y gestos la pérdida de sus propiedades o sentándose desconsoladamente sobre las acumulaciones polvorientas de ruinas que habían sido sus hogares, verdaderos cuadros de miseria y desesperación. Los hombres y mujeres corrían desatinadamente de un lugar a otro llamando a sus hijos, otros gritaban locamente comportándose de extrañas maneras. Pero mayor era el número de gente arrodillada con la cabeza al aire repitiendo rápidamente oración tras oración, implorando a sus santos para que los protegieran y cuando se oía el estrépito de un nuevo temblor el grito de misericordia sería pronunciado más fuerte que nunca, considerando la terrible naturaleza de la causa de esta emoción, pienso que apenas sería posible una más impresionante escena. Supongo que pasé como cerca de veinte casas arruinadas antes de llegar a mi hotel, al cual encontré aún en pie, pero muy agrietado y aparentemente desierto. En mi habitación habían dos paredes cuarteadas, el piso y mobiliario cubiertos de enlucido y polvo caídos de las paredes y techos, pero por otra parte encontré todo intacto tal como lo había dejado. No sabiendo que podía suceder en el curso de la noche, creí que lo mejor era asegurar mi dinero cerca de mi persona, en mi cinturón y bolsillos. Mientras abría mi caja de dinero, oí renovados gritos de misericordia que venían de la calle, luego vino un súbito y violento temblor seguido por el estrépito de paredes que caían; mi cuarto fue sacudido, meciéndose de arriba abajo de manera tan alarmante que corrí hacia afuera con mi bolso en la mano, temiendo que las paredes cayeran sobre mi antes de que pudiera escapar. En la calle encontré a la hija del dueño de casa, una joven viuda que retorciendo sus manos gritaba con voz lastimera "mis hijos, mis hijos, dónde están mis hijos".

Salida de Tacna hacia Arica.-

A las 7 de la mañana del día 14 de Agosto dejamos Tacna sin impedimento de ninguna clase, resolviendo regresar en la tarde o en la noche. Llegamos a El Hospicio, estación de riego, situada a medio camino, donde nos informaron de que era imposible continuar nuestro viaje en tren ya que los terraplenes habían caído, los rieles desplazados y los caminos dañados. Arica había sido totalmente destruida por el terremoto y salida del mar, todos los

buques surtos en la bahía habían naufragado y algunos de ellos arrojados más allá de las playas arenosas detrás de la población; un gran número de habitantes habían perecido, salvándose muchos de ellos al huir hacia las faldas del morro. Hubo grandes precipitaciones de rocas en la extremidad sur de la bahía.

Caminamos penosamente hasta alrededor de las 3 en punto y tuvimos a la vista la ciudad de Arica, lo que debió ser Arica, donde ahora nada era visible, excepto la torre de la iglesia semi-arruinada y las dos porciones de un gran edificio de madera situados a distancia aparte, pero luego encontré que eran las dos mitades del Hotel Europa, en el cual había dormido hace una semana y cerca del cual se encontraba una palmera solitaria, y tal como me lo contaron más tarde, fue encontrada en la mañana el cuerpo de una mujer llevada allí por las olas y apresada en la cumbre del follaje.

Cuando me acercaba a la playa conté tres barcos que habían naufragado, dos de ellos estaban ladeados y malamente destrozados, justo aparentemente donde había estado Arica, el tercero (de fondo plano) sentado y enhiesto sobre su quilla plana estaba más distante hacia el interior que los otros dos, pero no había un sólo barco, ni aún un bote de remo que se pudiera ver flotando en la bahía. Aparentemente, a todo lo largo de la playa y por millas se encontraban diseminados una cantidad sorprendente de escombros y restos del naufragio arrojados en bancos grandes de arena apilados y mezclados en masas embrolladas que habían sido dejadas por el terrible maremoto. Quedé atónito de ver las ruinas de ese pequeño pueblo.

Cansado como estaba, hambriento y sediento me apresuré a bajar a la playa donde encontré una multitud de cientos de gente bebida, de gentuza fuera de la ley en lo que fuera esa ciudad. Había también indios y mestizos de los distritos vecinos que estaban ocupados en saquear y peleaban por el botín en los despojos de la catástrofe. Lo primero que noté fué el peculiar tono gris de la playa arenosa causado por incontables miles de velas de parafina y enorme número de peces y focas plateadas muertas probablemente por alguna gran erupción volcánica submarina, y arrojadas sobre la playa por una serie de olas sísmicas que por espacio de dos horas habían venido rodando desde el Océano Pacífico.

El cuadro de desolación de que fuera espectador fue tan extraordinario y lleno de interés de que casi olvidé mi cansancio, mis ampollas de los pies, mi hambre y sed al observar la naturaleza del naufragio que cubría las playas de la bahía desde las rocas del Morro en su extremo sur hasta el lado norte, una extensión probable de unas cuatro a cinco millas.

En el sitio adonde llegué a la playa, encontré un banco de arena con los restos del naufragio de 10 a 15 pies de altura compuesto principalmente de fragmentos de los barcos destrozados, casas de madera derribadas, puertas, marcos de ventanas, mobiliario rotos, entre los cuales vi una cuna y cerca una locomotora destruida y los restos aplastados de un ferrocarril y vagones. También un cañón de 68 libras (probablemente del zozobrado barco almacén Fredonia de los EE.UU.) y muchas pesadas columnas de fierro del edificio de Aduana. Sobre las arenas de este extraordinario escollo de restos, diseminados entre las velas de parafina y peces muertos habían innumerables artículos de uso doméstico y gran cantidad de cajones de embalaje con mercadería -la mayoría abiertas y rotas con su contenido vaciado en

la arena- entre ellas cajas de botellas de cerveza inglesa, alguna de las cuales estaban aún sin abrirse, para mi alivio y refresco.

Y sucedió que cuando estuve entre cientos de cajas de cigarrillos vacías y botellas de cerveza rotas, encontré unas cajas de instrumentos quirúrgicos y miembros artificiales como otros accesorios, también cientos de muñecas desnudas, sus cabezas tontas más allá de comparación, piernas y brazos colocados de cabeza defendidas por la arena en la cual estaban medio enterradas de una manera que habría sido risible y divertida, a no ser por la impresión que me causó ver el cuerpo de un hombre rubio que estaba muy cerca de la rompiente - una vista espantosa, su cara horriblemente desfigurada, sin nariz ni oídos resultado de la abrasión marina de 24 horas en la arena, tenía sus vestidos muy gastados. Era evidentemente de la tripulación del barco Fredonia, un inglés o escandinavo cuya figura había admirado unos cuantos días antes.

En este lugar encontré algo que tenía mucha importancia para mí especialmente, un mapa de Bolivia hecho a gran escala coloreado y barnizado que buscaba hace mucho tiempo. Estuve contento de que no hubiese sido visto por cualquiera de los otros saqueadores, que estaban muy ocupados con tales malvados procedimientos para que pusieran su atención en mí. Regresé a la playa para continuar mis averiguaciones y buscar a mis amigos, felicitándome a mí mismo por mi destreza y buena suerte.

Observé luego que el grupo de saqueadores estaban empeñados en abrir un cajón de embalaje grande, sus vestimentas eran curiosas. En una inspección más cercana me quedé sorprendido de constatar que usaban un mapa roto de Bolivia como un poncho con el lado exterior impreso, coloreado y barnizado. Los mapas de 5 x 4 pies eran buenos por su tamaño y tenían una ranura en la mitad, eran excelentes para protegerse de la lluvia.

Caminando como unas cien yardas encontré una veintena de mapas bolivianos caídos de la Casa de Aduana, enterándome más tarde que habían estado depositados allí por algunos años.

Hice un lento progreso andando por la Playa hacia lo que había sido el barrio residencial de la ciudad, aunque existía mucho de ver allí que no podría describir en detalle.

Pasé por lo que fue el casco de la gran nave inglesa Chanarcillo desarbolada y tumbada sobre su viga maestra a una cierta distancia del mar y con un lado completamente aplastado y junto a ella yacía la corbeta peruana América con su palo de trinquete arruinado y también muy dañada pero no zozobró tan irremediablemente como la otra; también a una considerable distancia, como unas trescientas o cuatrocientas yardas y tierra adentro estaba la cañonera americana con paletas de fondo plano y dos extremos aguzados en una posición vertical, las chimeneas y masteleros se mantenían erectos y la bandera de las barras y estrellas aún ondulaba. Su tripulación acampó en las paletas altas de los cerros de arena y distantes tierra adentro, ya que se pensó que era inseguro tenerlos a bordo expuestos a una nueva irrupción del mar.

A lo largo de toda la playa y rodeando en el fuerte oleaje había varios cadáveres que creo eran en su mayoría marineros de los barcos naufragados, pero también eran gente de la

población, todos estaban en las mismas condiciones horribles como los había visto antes. Nadie les prestaba la mínima atención, parece como si las autoridades supervivientes y los vecinos de la ciudad no habían tenido aún tiempo para recobrar su ecuanimidad para organizarse en un estado de defensa o comisaría de policía para mantener el orden, recoger y ocuparse de los muertos e impedir los excesos y pillajes de la gente ebria, quienes ahora habían abandonado la playa.

La situación era ya peligrosa y se volvería mucho más cuando viniera la oscuridad. La playa estaba regada de armas y municiones - muchas de estas últimas deterioradas - rifles y sables, con una de las cuales pensé de que me podía armar ya que no podía encontrar ningún otro revolver en buen estado, aunque parecían todos estar en buen estado, y como ocurría mucha balacera que eran disparos al aire. Pero pareció más probable que la molestia más sería podía provenir de esa turba desenfrenada de pillos y borrachos.

Pero las distantes señales luminosas de la tripulación del Wateree acampada en los cerros arenosos parecían inflamarse y determiné ir allí tomando el mejor camino que se podía hacer a través de un atajo que pasaba por las ruinas de la ciudad e implorar su hospitalidad para pasar la noche. Casi desfalleciente logré llegar allí antes de que sobreviniera la noche, luego de una penosa marcha de casi dos millas.

El centinela me ordenó detenerme y probar mi identidad, por lo que tuve que explicarle mi situación, llamó luego al oficial encargado de la vigilancia quien oyendo mi caso y como buen amigo que realmente era, no sólo me admitió sino que me invitó a compartir sus frazadas de lo cual estuve muy contento. Tan cansado estaba que aún para aceptar un plato de cerdo escabechado y galletas - que era lo mejor que tenía - para no decir de un whysky que tuve que declinar por razones obvias.

Sábado 15 de Agosto.-

Dormí profundamente hasta las primeras horas de la mañana, cuando mi amigo el oficial me llamó para hablarme de dos ingleses borrachos que estaban causando alborotos por algo y por lo tanto no los admitiría en el campamento. Encontré evidentemente ebrios a esos hombres, pero no estaban alborotados. Dijeron que eran artesanos del cuarto de máquinas de la nave peruana "América" y que habían perdido a su capitán llevado por el mar y que el ingeniero-jefe (muerto por el cambio de posición de las calderas) y que todos los otros oficiales habían sido barridos de la cubierta con su capitán, cuando el barco fuera finalmente arrojado a la playa y hundido por las olas del maremoto, o habían desertado con los sobrevivientes de la tripulación luego que el buque encallara y que eran los únicos hombres que no habían abandonado el barco habiendo venido a solicitar consejos de lo que podían hacer en esas circunstancias.

Les dije entonces que no podíamos molestar a la tripulación del Wateree, pero si regresaban a su barco y decidían encarar el riesgo de permanecer a bordo para protegerlo de los saqueadores les daría mucho crédito y que probablemente sería considerado por su gobierno, pero si convenían unirse a sus camaradas sobrevivientes a quienes suponían haber ido al morro, nadie los podía culpar.